



EL CHINCHORRO

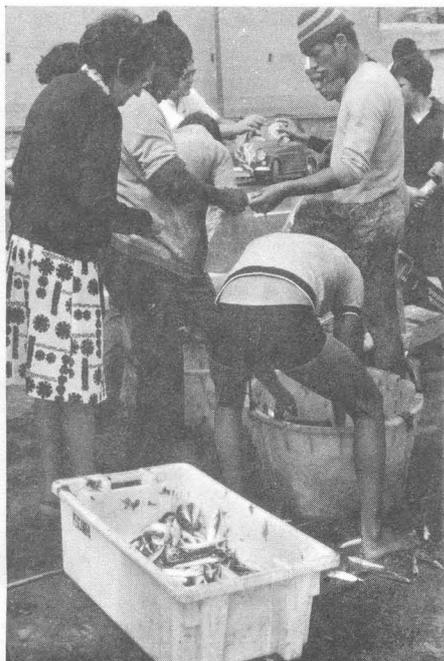
La Laja. Los artesanos del mar, pie afianzado sobre la arena húmeda, tiran sin tregua de las redes. Liman

sus callos en la áspera sogá y van ganando la playa trecho a trecho. Los sólidos hombros, protegidos de rústicos cojines,

sostienen todo el peso del chinchorro repleto de pescado, que, al cabo del tiempo, surgirá de entre la luminosa espuma marina. Los curtidos rostros tienen, todos, la misma expresión. Es una estampa de tenacidad y destreza: tirando de las redes el habitante de la Tierra le quitará al Mar unos pocos de sus moradores. La cuerda se hace eterna. Parece que nunca tendrá fin. Hay que arrastrar y arrastrar, sin ceder un solo centímetro. El constante relevo apenas es un alivio. Con el torso inclinado hacia delante, los pescadores no divisan la llegada de la carga. Sólo la intuyen, finalmente, cuando el peso va cediendo a su fuerza de titanes. Por fin, la pesca surge de un ataúd de olas. El chinchorro es un tul de conchas y corales. Como latidos de Sol, los peces de plata saltan sobre la arena



luminosa. Huele a sal y a marisco. Los pescadores acercan los últimos metros de soga, y, súbitamente, todas las miradas confluyen en la presa atrapada. De inmediato el cazador se convierte en comerciante. Cumpliendo su último estertor, el pescado pasa del chinchorro a la cesta que los hombres subirán hasta la carretera: un kilo de sardinas, dos de sama, gallos, brecas...intercambio directo, sin intermediarios. El habitante de la ciudad para su coche, hay que aprovechar a comprar el pescadito fresco



y saltando. Por unos instantes, la playa es un jolgorio. El chinchorro se ha vaciado de peces y queda sobre la arena como un fósil marino. El pescado ha desaparecido, aplastado en las bolsas de plástico. La dura faena ha concluido. Muy cerca, sobre la mar tranquila, los remos de la barquilla esperan a nuevas aventuras.

Texto y fotos: A.H.P.